

COLOMBIA



Texto / Ricardo Angoso

ENTRE UN MALESTAR CRECIENTE Y LAS PRÓXIMAS ELECCIONES

El reciente atentado contra el presidente de la República, Iván Duque; el estallido social y político desatado por el paro Nacional, con decenas de muertos, heridos y desaparecidos; la ola de violencia policial generada por el poder -incapaz de entender el malestar social-; y, finalmente, el caótico estado de cosas debido a la crisis provocada por la pandemia del covid-19, junto a otros elementos, han convertido a Colombia en el epicentro del megacaos en todos los órdenes del continente latinoamericano. Culpar de todo este auténtico desastre al que asistimos a una "mano exterior", como hace el cínico ejecutivo colombiano, es simplificar las cosas y reducir las a su mínima expresión sin examinar las causas sociales, políticas y económicas que explican esta manifiesta desafección entre los ciudadanos y sus representantes, que parecen vivir en otro planeta bien diferente al que refleja la realidad colombiana en el día a día. La pobreza, la miseria generalizada, la exclusión de millones de jóvenes y la falta de expectativas son las principales notas que caracterizan a esta sociedad injusta y corrompida hasta la médula.

A este panorama tan incierto y sombrío, fruto de una olla de presión social que durante casi décadas incubó un gran malestar en la mayor parte de la sociedad, se le viene a unir la gran confusión política que reina en el país. A menos de un año de las próximas elecciones generales y presidenciales, casi medio centenar de colombianos, de todos los colores e ideologías posibles, ya han anunciado que serán candidatos para suceder al (nefasto) presidente Duque, cuyo atentado, por cierto, sigue sin esclarecerse en profundidad y que, paradójicamente, le ha ayudado a subir algo en su maltrecha popularidad,

más hundida, si se puede todavía, que el Titanic.

En lo que respecta a las protestas, o el llamado Paro Nacional, como suele ocurrir en estos procesos de movilización social masivos, han ido perdiendo fuelle en los últimos tiempos y sus líderes no han sabido rentabilizarlas en términos de materializar sus demandas en medidas concretas para un ejecutivo que ha ido esperando a que las mismas se desactivaran para no hacer nada de nada, de la misma forma que en estos tres largos años de gobierno Duque se menospreció a los agentes sociales y se desarrolló una agenda política y económica acorde a los intereses de los grandes grupos económicos -lo que se conoce en este país como la oligarquía- y totalmente alejada de cualquier compromiso social con los más desfavorecidos. Por no hablar, de los asesinatos de los líderes sociales, que daría para una nota más amplia que la presente. Está claro que es peligroso ser pobre en Colombia.

DEL COVID-19 A UNA GRAVÍSIMA SITUACIÓN SOCIAL

La crisis generada por la pandemia del covid-19 agravó la ya de por sí gravísima crisis social que vive el país, donde oficialmente el gobierno cuantifica la pobreza en una cifra cercana al 43%, aunque la real podría ser más alta, ya que el organismo oficial en medir estos datos en Colombia, el Dane, es experto en maquillar las cifras para no revelar la cruda y cotidiana realidad nacional. Para esta entidad, una persona rica o de clase media es alguien que tiene unos ingresos medios diarios por encima de los tres y medio dólares, una cifra insignificante y que apenas sirve para poder realizar al día las tres comidas básicas. La alimentación en Colombia es mucho más cara que en España. Seguramente, más de la mitad de la población colombiana vive



en la pobreza y carece de los servicios básicos, tales como la salud, la educación, el acceso universal a la justicia y el agua potable en sus casas. 352 de los 1.100 municipios colombianos carecen de agua potable en sus servicios públicos y la mayor parte de los mismos carece de alcantarillado.

Los ejecutivos colombianos, a lo largo de la historia, han sido grandes expertos en maquillar las cifras reales de la pobreza, el desempleo y la desigualdad en este país. Por ejemplo, la tasa de desempleo se sitúa, según datos oficiales, en el 15%, una cifra absolutamente irreal y que pasa por alto que el 50% de los colombianos trabaja y vive en la informalidad, es decir, sin un contrato fijo, sin seguros sociales, sin derecho a una pensión en el futuro y sin la posibilidad de acceder al sistema sanitario, que en Colombia fue privatizado y dejado en manos de unas empresas vampirescas denominadas EPSs.

Fruto de todas estas carencias, Colombia es considerado el país más desigual de América Latina, según aseguraba un reciente informe del Índice de Desarrollo Regional para Latinoamérica, una institución que mide científicamente la desigualdad social en el continente y en la que participa la Universidad de los Andes, una de las más prestigiosas de Colombia. En el análisis de los resultados obtenidos en su estudio, realizado en el año 2020, en pleno auge de la



Alfonso Plazas, el conocido coronel que encabezó en 1985 la liberación del Palacio de Justicia tomado por el grupo terrorista M-19, es otro de los candidatos a la presidencia de la República.

pandemia, resumía en sus conclusiones finales que "ningún otro país de Latinoamérica tiene brechas tan grandes entre sus regiones en niveles de desarrollo. Vale decir que el informe incluye 25 variables en ocho dimensiones: educación, salud, bienestar y cohesión, actividad económica, instituciones, seguridad, medio ambiente y género".

El problema radica en que la movilidad social en Colombia es casi nula o nula absolutamente, debido a la persistencia de un sistema de castas que se perpetúan desde hace décadas y se alternan en el poder político y económico a merced de su acceso al sistema educativo, un entramado de colegios exclusivos y universidades privadas a las que no acceden los sectores sociales más desfavorecidos. Además, la inexistencia en el país de un sistema educativo gratuito, universal, abierto a los más aptos y público impide que los jóvenes con escasos recursos puedan estudiar y acceder en el futuro a puestos relevantes de responsabilidad política y social. Así, este pérfido sistema perpetuó por décadas la desigualdad social e incluso la fomentó y alimentó en beneficio de las clases más favorecidas y pudientes de la sociedad colombiana.

Cambiar estas inercias sociales, que estaban en el centro de las demandas de muchos de los convocantes de las protestas acaecidas en los últimos meses, serían la base para dar comienzo a un verdadero proceso de modernización del Estado colombiano y también de su sociedad, pero no sería algo que se daría de la noche a la mañana sino que requeriría muchos años e incluso décadas. Sin embargo, queda meridiano claro que ni al establecimiento ni a una buena parte de la clase política colombiana le interesan estos cambios ni facilitar una dinámica de mutación social que les afectaría directamente a sus intereses económicos, bien entrelazados con el actual poder político como en ninguna otra parte del mundo. Este pensamiento subyacente que impregna a la política colombiana desde hace años explica la forma en que el ejecutivo actual ha desafiado un verdadero y sincero diálogo con los agentes sociales durante estas protestas y el modo con que se ha desautorizado a las mismas, con ayuda de los sumisos medios a su servicio, por algunos actos violentos y vandálicos realizados durante las marchas, algo que por cierto les restó credibilidad y la deslegitimó ante algunos agentes sociales y medios de comunicación. El malestar persiste pero no se ven señales de que el mismo vaya a ser canalizado por nadie en un propuesta para el cambio y la necesaria redefinición del país en términos sociales y políticos sobre unas nuevas bases más justas.

VARIOPINTO ELENCO DE CANDIDATOS

La carrera hacia la presidencia de Colombia amenaza con convertirse en un circo parecido al de las últimas elecciones peruanas, en que competían un sinnúmero de candidatos y en que finalmente llegaron dos personajes al que las encuestas situaban en la marginalidad política sin apenas posibilidades. Algo parecido ocurre en Colombia con la diferencia que en los primeros sondeos y estudios de opinión aparecen claramente dos candidatos con muchas posibilidades de situarse en la primera vuelta y con opciones de concurrir en la segunda. Se trata del candidato de la izquierda - Colombia Humana se denomina su movimiento -, Gustavo Petro, y del ex gobernador de Antioquia Sergio Fajardo, de la Coalición de la Esperanza, una suerte de alianza de centro izquierda que pretende frenar al uribismo y se niega a unirse a Petro. Ambos se sitúan a mucha distancia del mítico y popular senador Jorge Enrique Robledo, del partido Dignidad, y de los candidatos cercanos al liberalismo Juan Manuel Galán y Humberto de la Calle.

Muy lejos también quedan en los sondeos y estudios de opinión los candidatos Germán Vargas Lleras, de Cambio Radical, y los del uribismo, entre los que destacan Federico Gutiérrez, Paola Holguín, Paloma Valencia, Rafael Nieto, el coronel Alfonso Plazas y la es-trambótica María Fernanda Cabal. Hay más candidatos, por supuesto, pero ni siquiera aparecen reflejados en las encuestas.

EL CORONEL PLAZAS. ¿UN OUTSIDER CON POSIBILIDADES?

Alfonso Plazas, el conocido coronel que encabezó en 1985 la liberación del Palacio de Justicia tomado por el grupo terrorista M-19, es otro de los candidatos a la presidencia de la República apoyado por ciertos sectores del uribismo y un grupo de empresarios y hombres de negocios colombianos radicados en los Estados Unidos. Ligado al ex presidente Álvaro Uribe, del que llegó a ser su exitoso jefe en la lucha contra el narcotráfico en Colombia, Plazas tiene una brillante hoja de servicios como militar y también como buen conocedor de la historia colombiana, sobre la que ha escrito, dicho sea de paso, diez libros. Es un hombre preparado, cabal y siempre dispuesto a aportar ideas a la revuelta política colombiana, aunque algo vehemente y rotundo en sus convicciones.

Ahora con esta candidatura, que esperaría el aval del Centro Democrático y quizá del mismo Uribe, Plazas podría liderar a un sector del centro y la derecha colombiana

El Presidente Iván Duque.



muy descontento con la gestión del presidente Iván Duque, cuyos nombramientos y erróneas decisiones, como su famosa reforma tributaria que incendió al país, le han granjeado una notoria impopularidad. La izquierda rechaza a Duque por ser un pata negra del uribismo y una parte de la derecha lo detesta por haber "colado" en su equipo de gobierno a notables y genuinos seguidores del anterior presidente, Juan Manuel Santos, al que detestan por "traidor" y "vendido" a las FARC.

En este contexto, realmente confuso, porque abundan ya numerosos candidatas a izquierda y a derecha, la figura de Plazas podría ser un revulsivo en la escena política colombiana y muy especialmente en el interior del uribismo, donde reina la confusión, la desunión y hasta un cierto desasosiego. Pese a todo, la carrera presidencial se prevé larga y quizá, en estos momentos, la cercanía al uribismo y al mismo presidente Uribe se perciben más como una rémora que como un plus que pueda favorecer y dar votos en estas lides electorales tan inciertas e incluso confusas.

Plazas, en la medida que se distancia de todo movimiento o partido político, instituciones absolutamente desacreditadas en Colombia, podría medirse con el resto de los candidatos de la derecha que, paradójicamente, siguen mirando a Uribe como si fuera el oráculo de Delfos y el elemento que, finalmente, definiría al candidato de este bloque, tal como ocurrió con Santos y el ahora denostado Duque. Veremos qué pasa en los próximos meses, decisivos en esta contienda que apenas ahora comienza. Colombia se asoma a su historia con vértigo, mientras que el coronel Plazas ve el camino por delante con esperanza y ansias de cambio. ■

LA CARRERA PRESIDENCIAL SE PREVE LARGA Y QUIZÁ, EN ESTOS MOMENTOS, LA CERCANÍA AL URIBISMO SE PERCIBEN MÁS COMO UNA RÉMORA QUE COMO UN PLUS QUE PUEDA FAVORECER Y DAR VOTOS EN ESTAS LIDES ELECTORALES TAN INCIERTAS E INCLUSO CONFUSAS